



EL CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE OVIEDO.

Hé aquí uno de los monumentos de que puede justamente envanecerse Asturias. Toda la riqueza, majestad y gallardía de los mas acabados tipos del género *gótico-germano* se ostentan en él. Además de sus bellezas artísticas, guarda este claustro un tesoro de leyendas milagrosas y de memorias de la historia ovetense, puesto que en su mayor parte ocupa el solar del primitivo palacio de los reyes (1) fundado por Fruela al mismo tiempo que la ciudad, destruido por los moros en tiempo del bastardo Mauregato, y restaurado por Alfonso el Casto que viera en él la primera luz. Allí vino por veces repetidas este esclarecido monarca á reposar despues de sus gloriosas conquistas y á meditar otras nuevas, y allí recibió los embajadores de Carlo-Magno, y

(1) Extendiase por el espacio en que se hallan hoy el claustro, el palacio episcopal y la plazuela que media entre ambos. En esta, al abrir los cimientos para una casa, se encontró há pocos dias una piedra delicadamente esculpida del mismo gusto y tal vez de la misma mano que los adornos de Santa María de Naranco, iglesia del siglo IX, piedra que es sin duda un vestigio de la primera morada de los reyes de Oviedo (Carballo, *Antigüedades de Asturias*. Espinosa, *Comentarios de la iglesia de Oviedo*).

de los emires de Córdoba. También fueron en este palacio los desgraciados amores de Jimena y el conde de Saldaña, el nacimiento de Bernardo del Carpio, la muerte del Casto rey, las terribles sentencias del severo Ramiro, *el de la vara de la justicia*, el extraño suceso del obispo Ataulfo de Compostela y un toro (1),

(1) Cuentan las viejas crónicas de Asturias y otras posteriores, que tres esclavos de la catedral de Compostela llamados *Zador*, *Chadon* y *Asilon* acusaron á su obispo *Ataulfo*, conocido por la santidad de sus costumbres, del enorme pecado de sodomía. Indignado el rey Ordoño I llamó á Oviedo al prelado que acudió obediente, y antes de entrar en el alcázar regio celebró misa. Aun revestido con los ornamentos pontificales iba á presentarse al irritado monarca, cuando este mandó soltar contra él un ferocísimo toro. Ataulfo hizo la señal de la cruz y se acercó tranquilamente á la fiera, que depuesta su bravura bajó humilde la cerviz y se dejó arrancar tranquilamente ambas astas, con cuyo prodigio se hizo patente la inocencia del obispo, que al volver á su sede murió en el lugar que hoy conserva su nombre cerca de Grado, donde se vé su sepulcro venerado cual el de un santo. Los esclavos calumniadores fueron condenados á la hoguera y los cuernos del toro colgados, para memoria, de las bóvedas de la catedral de Oviedo. Espinosa, que escribió sus comentarios en el siglo XVII, dice que en su tiempo ya habian desaparecido.

43 DE ABRIL DE 1856.

la proclamación de Alfonso el Magno y la muerte del tirano Fruela, conde de Galicia, que le usurpara el trono. Aquí fué el teatro, en fin, de los principales sucesos de los reyes de Oviedo, hasta que cambiaron esta su morada por el palacio de S. Juan, que Alfonso el Magno construyó contiguo al castillo ó fortaleza (1). En el claustro de que hoy nos ocupamos se ve la antiquísima capilla subterránea ó sea cripta de la cámara santa, cuya robusta fábrica se remonta al siglo VIII, que lleva el nombre de Santa Leocadia, en memoria de haber sido allí depositado el cuerpo de esta animosa virgen, que en 775 trajeron de Toledo los cristianos que huían de las persecuciones de Abderraman, califa de Córdoba, y que fué trasladado al monasterio de San Eusebio en Flandes, en tiempos de Alfonso VI, por cierto paladín á quien este rey lo concediera en recompensa de sus hazañas (2). Igualmente se guardaron en este lugar las reliquias de los mártires Eulogio y Leocricia, desde 884 que fueron pedidas á Córdoba por el piadoso Alfonso el Magno, hasta 1300 que se trasladaron á la cámara santa, con motivo del milagro atribuido á la intercesión de aquellos santos de haber restituido la vida y el habla al arcediano Rodrigo-Gutierrez, acometido de un terrible accidente. También fué esta capilla la estancia donde, según las piadosas tradiciones del país, se fabricó la misteriosa cruz de los ángeles (3), con que el santo rey Alfonso el Casto enriqueció la catedral que acababa de fundar. — Muy cercana á Santa Leocadia se ve la puerta que daba entrada á la capilla de los Romero, que ya no existe, y que era destinada para sepultura de aquellos devotos cristianos que en la edad media venían desde lejanas tierras á visitar las santas reliquias de Oviedo. — Despues el solar de esta capilla fué dedicado á enterramiento de los canónigos, por lo que conservan la costumbre de venir á este sitio en el día de los difuntos á orar sobre los restos de sus antecesores. También venían en otros tiempos por esta parte los monjes del vecino monasterio de S. Vicente á celebrar los divinos oficios en la catedral. A pocos pasos de la que fué capilla de los Romero se ve empotrado en lo alto de la pared el sarcófago del celebrado D. Pelayo, obispo y natural de Oviedo, erudito aunque no muy verídico cronista, gran privado de Alfonso VI y que ciñó la mitra desde 1098 hasta 1136 en que la renunció (4). El epitafio latino que allí se lee ofrece la particularidad de ser escrito por el mismo D. Pelayo, por lo que no lleva la fecha de su muerte que aconteció en 1143. Puede traducirse así:

«Este es el sepulcro de Pelayo, obispo de Oviedo. Cualquiera que tú seas el que lo miras y que también ves florecer las maravillas del Dios celestial, contéplalas con entera confianza. Así que eres lo mismo que él fué, y que muy pronto serás lo que es ahora, porque la vida se desliza tan breve como el agua ligera, te pido que con todas tus potencias ruegues al Señor me conceda el descanso que él tan solo puede dar. — Di por mí el DE PROFUNDIS y también el MISERERE.»

Contigua á la tumba de que acabamos de hablar está la primitiva portada, hoy tapiada, de la vieja capilla que sirve de sala de capítulo, en la que se celebraron concilios y córtes en los siglos XII, XIII y XIV y donde, por costumbre inmemorial, se reunía la junta general del principado. — Allí esta corporación popular, vivo recuerdo de las pasadas glorias de Asturias, lanzó

antes que otra alguna, el 9 de Mayo de 1808, el robusto grito de guerra y libertad que derribó al coloso del siglo y devolvió la dignidad é independencia á nuestra patria. También está en el claustro que sirve de objeto á estas líneas la puerta churrigueresca que data del reinado de Felipe V, y que actualmente sirve de ingreso á la mencionada sala capitular y al muy preciado archivo de la catedral, uno de los mas ricos de España, aunque devastado por veces repetidas (1). — Entre los códices que allí se conservan son dignos de especial mención el famoso Libro gótico, curiosa recopilación de los privilegios y donaciones reales hecha en el siglo XII y enriquecida con extrañas miniaturas, el Libro-becerro, la Regla colorada, la Regla-blanca y la Preciosa. — El local que ocupa el archivo es el antiguo Gimnasio ó escuela de teología. — Sepulcros, tumbas llanas, é inscripciones de grande interés para el arqueólogo cubren profusamente los muros y el pavimento de este claustro, del que podemos decir repitiendo las palabras de Victor-Hugo que «es una gran crónica escrita en piedra.» Hé aquí la traducción de algunos epitafios:

*El Inclito Archilevita G.... que fue ensalzado por sus méritos está aquí depositado. Este es aquel á quien la fama proclamó por prudente, generoso, complaciente, y amigo verdadero. Fué maestro y ejemplo de buenas costumbres, noble y urbano, lo que mostró cumplidamente distribuyendo á manos llenas sus bienes. Regentando en esta iglesia una escuela de derecho, dió á conocer su saber con sus lecciones. — Corría la Era milésima-centésima-trigésima-séptima, cuando se le erigió esta memoria.*

(Año 1099.)

*Yo Arias, Cantor, y Poeta de las cosas de Dios, en todas partes, te ruego, ¡oh Jesucristo! que recordando no mis buenas obras, no aquellas de mi vida que puedan haberte sido agradables, sino que por mi has nacido, que por mi has padecido y que por mi fuiste sepultado, me mires con piedad y me juzgues con indulgencia. Si pones ciento despues de mil y á todo esto agregas ocho veces diez, sumarás el número de la Era.*

(Año 1142.)

*Las buenas obras, anunciara el buen fin de Roderico, digno de alabanza porque combatió la ignorancia con el saber y mostró costumbres escelentes. Fue honrado, y esclarecido, en todo, y por algun tiempo ejerció el cargo de Sacrista. — Que la Virgen madre le ilumine. Era MCCXXXIV.*

(Año 1186.)

*Al muy afable y urbano Dean Juan-Perez-Scallo, arrebató la muerte muy pronto. Fue decidido defensor del dogma, lumbrera del clero y Doctor en sagradas letras. — En tanto floreció en el mundo, nunca se apartó de lo honesto, y Oviedo lloró la muerte de este su hijo. Que Dios perdone sus culpas. Era MCCCXVI. Nunca será olvidada la conducta que observó como Presbítero.*

(Año 1308.)

*En esta tumba descansa, el Sacrista Pedro. Que la Virgen piadosa te sea propicia. ¡Oh tú que vives entre los mortales! juzga por ti mismo y desprecia los bienes temporales. — La muerte inexorable lo igualó con los demás, en la Era MCCCXC.*

(Año 1252.)

*¡Caminante! Detente un poco por mí que fui Rector de las Escuelas, y que marchando delante de ti, rogué por tí y lloré*

(1) Ya en 1500 el obispo de Oviedo D. Juan Daza pidió y obtuvo varios libros antiguos para satisfacer la curiosidad de los reyes. También Felipe II hizo sacar algunos códices para enriquecer la biblioteca del Escorial, y finalmente en estos últimos tiempos, y por razones de todos conocidas, se vió despojado este archivo de los mas de los instrumentos antiguos que contenía.

(1) Este es el hospital de S. Juan convertido hoy en colegio.

(2) Yepes, Crónica de S. Benito. — Espinosa, Comentarios de la iglesia de Oviedo. — Carballo, Antigüedades de Asturias. El cuerpo de Santa Leocadia permaneció en Flandes hasta 1580, que á instancias de Felipe II fué restituido á Toledo. Hoy se conserva en la capilla de aquella catedral llamada el ochavo.

(3) No podemos menos de lamentar aquí el lastimoso abandono en que se ve esta antiquísima y veneranda capilla convertida por los canónigos de Oviedo en almacén de piedras, cuando con gasto escaso podría ser restituida al culto. Aun en el siglo XVII se celebraba en ella misa y se mostraban los respectivos sitios que ocuparan los tres fétetros de Santa Leocadia, S. Eulogio y Santa Leocricia.

(4) Sus principales escritos son: una Crónica continuación de la de Vampiro, obispo de Astorga, y que comprende los reinados de Bermudo II, Alfonso V, Bermudo III, Fernando I, Sancho II y Alfonso VI, y la Historia de la santa arca de las reliquias de Oviedo.

tus pecados. — Haz bien por Cristo en tanto estés en el mundo, pues la vida pasa tan rápida como el aire sutil, y todos los gozes temporales nada duran y nada sirven, para alcanzar la gloria de Dios. — Yo Rodrigo, reducido á polvo por la muerte, abandonando con la vida todas las cosas, descendí á este tumulto convertido en carne podrida y fétida, mezquino depósito de cenizas que desaparecieran muy en breve. Se erigió este monumento corriendo la Era MCCCLV.

(Año 1316.)

Aquí paró de la vida, el venerable Archilevita-Alfonso. En todos tiempos fue su conducta honesta. Era discreto y entendido. Ahora sumido en esta tumba, y convertido en ceniza, permanece olvidado y nada de él existe. — Inclinado siempre á Dios; este le fue propicio. — Fue en la Era mil trescientos setenta y cuatro, cuando se hizo este monumento.

(Año 1336.)

¿De qué le sirven al hombre las glorias, los honores y riquezas si todo perece y se convierte en cenizas? Del Dean Fernando nada resta mas que la tumba. — Para qué pues adquirir tanta fama en el mundo, si en el instante la muerte la destruye. — Si á mil añades tres veces ciento, y luego veinte y uno, encontrarás la Era en que acabó.

(Año 1281.)

Aquí yace sepultado el muy agradable Cantor P. Estevan, de excelentes prendas, y amigo verdadero. Mostró la mayor probidad en el cuidado de este Templo, cargo que se le había encomendado. Sus méritos y virtudes, nos movieron á llorar sobre su tumba. — Dios se haya compadecido de él mirándole como hijo suyo. Sumando mil, con ciento, triplicado, con diez y con ocho se hallará la Era.

(Año 1280.)

Del primitivo claustro bizantino que contenía las celdas y refectorio de los canónigos, que en aquel tiempo vivían en comunidad, nada resta á excepcion de la primitiva portada de la sala capitular que antes mencionamos, algunos bajo relieves (1) y varias de las inscripciones sepulcrales. La construcción del actual tuvo principio en 1300, siendo obispo de Oviedo D. Fernando Alfonso Pelaez, de lo que nos presentan una prueba algunos antiguos instrumentos en que se lee: «que por aquellos días los canónigos celebraban sus cabildos en el coro, pues no podían pasar á la sala capitular, que estaba en el claustro, por estar trabajando en este.» Largo tiempo se dilató la continuación de tan suntuosa fábrica, pues vemos que en 1345 no estaba aun determinada. El 4 de julio de aquel año llegó á Oviedo Alfonso IX con objeto de visitar la devota basílica del Salvador, y rendir gracias al cielo por la victoria del Salado, y otras no menos señaladas que alcanzara sobre los moros. Hallándose el mismo día adorando las reliquias en la cámara santa ofreció al obispo D. Juan Sanchez y á su iglesia, entre otros muchos dones, «dos pares de vestimentas ricas para preste, diácono y subdiácono, todas de brocado, y siete capas de seda de la misma labor para oficiar en el coro, un cáliz de oro, una cruz dorada, dos lámparas de plata, un rico paño de seda para hacer ornamentos y 24000 maravedis para la obra del claustro.» — En muestra de gratitud á tanta largueza, dispuso el cabildo en el instante se colocase la *efigie real* en la nueva fábrica. Muy cerca de la puerta que comunica al claustro con la catedral, se conserva una maltratada estatua con corona en la cabeza y espada en la mano, vivo testimonio de lo que acabamos de asentar (2). También entonces se obligaron los canónigos á hacer anualmente sufragios

por el alma del monarca bienhechor. — En los primeros años del siglo XV el obispo D. Diego Ramirez de Guzman costeó el pavimento del claustro, y tan solo del XVIII data la construcción de la parte superior que contiene librería, guarda-ropa y otras dependencias. — Finalmente en época posterior una mano profana, tal vez la misma que osó embadurnar de cal y groseros colores la majestuosa bóveda y las inscripciones góticas, afeó los gallardos arcos de Alfonso XI con una pobre verja de madera, que tiene por objeto custodiar el abandonado jardín que aquellos circuyen. — El claustro traza un rectángulo cuyos lados mayores están divididos en cuatro grandes ojivas y los menores en tres. Todas son bellísimas y caprichosamente ejecutadas. Una está formada por quince grupos que expresan un mismo asunto, aunque de composición distinta; tal es el arcángel S. Miguel arrojando al diablo al infierno. Otra ojiva la dibuja una delicadísima guirnalda de pámpanos y racimos de uvas escultada con primor. En su centro, y formando la peana de una estatua que ya no existe, hay cierta especie de Sileno cristiano, tal es un fraile, en cuyo rostro se deja ver hábilmente expresada la estupidez de la borrachera, con un jarro en la mano. — Los chapiteles de las columnas son también notabilísimos, y su estudio de gran valía para la historia del arte. Todos contienen una larga serie de figuras que representan asuntos bíblicos y profanos, de los que algunos son indescifrables. Citaremos un ejemplo. De una horca se ve colgado un zorro: varios gallos armados con lanzas rodean el patíbulo y otro toca una trompeta. — En el mismo chapitel está una iglesia de donde sale el cortejo fúnebre del muerto zorro, al que varios gallos honran con las últimas ceremonias de la iglesia: uno tiene el hisopo, otro el libro etc., etc. (1). Cercanos á la estatua de Alfonso XI hay dos chapiteles dignos de especial descripción. Aparece en el uno el rey D. Favila á caballo, rodeado de perros de caza y seguido de un montero, atravesando con un venablo al terrible oso que le quitó la vida. Debajo está la historia del martirio de S. Juan Bautista. Vese allí al rey de Judea, Herodes Antipas, sentado al suntuoso banquete con que celebraba su cumpleaños, y al precursor vestido de pieles, cual lo pinta el Evangelio, que entra en la sala del festín á reconvenirle por sus incestuosos amores con Herodías, esposa de su hermano Felipe. Despues está otra vez el monarca en su trono y delante de él Salome, la hermosa hija de Herodías, pidiéndole en recompensa de la rara habilidad que había mostrado en la danza, le concediese la cabeza del Bautista. Sigue despues el mismo precursor, vestido de una larga túnica y extendido sobre una especie de cruz, á la que le sujetan con gruesas cuerdas varios sayones, lo que representa, según creemos, la rigurosa prisión que sufrió en el castillo de Maqueronta. Ultimamente aparece el Bautista de rodillas, pero ya decapitado, y un verdugo que presenta la cabeza al rey. Para significar tan complicado asunto, fueron necesarias multitud de figuras, que á pesar del corto espacio en que están agrupadas aparecen sin confusión y bien determinadas. — El otro chapitel que indicamos, es no menos curioso. En la parte superior está representada la adoración de los reyes magos, y en la inferior el nacimiento de Eva, durante el sueño de Adán, la escena de la manzana y el querubín, que con la espada de fuego en la mano arroja del Paraíso á nuestros primeros padres. A continuación se ve una mujer que azota á un hombre sobre el que cabalga, y al que sujeta con un freno como á un caballo, en tanto que otra mujer desde lo alto de un castillo, de igual forma que la que ostentan los escudos reales de Castilla, parece lamentarse de presenciar tan humillante escena. — ¿Sería, tanto en esta escultura como en la que antes describimos, la idea del artista recordar los desaciertos y la degradación á que conducen al hombre el amor desordenado

(1) Uno hay incrustado en un panteon y que representa al Salvador; por lo tosco de su ejecución no puede menos de atribuirse al siglo VIII.

(2) Es de madera y muestra algunos restos de los dorados que en otro tiempo la embellecieron. La circunstancia de tener la barba larga, y ciertos accidentes que se notan en el traje, hacen suponer no sea esta la estatua de Alfonso XI construida en 1345, sino una renovación de aquella.

(1) A este raro capricho de escultura alude cierta canción muy vulgar entre los aldeanos de Asturias que dice:

«Dónde vienes gallo  
Que vienes tan lloroso,  
Vengo de ver  
El entierro del raposo.»

á una mujer y la sumision ciega á sus exigencias? ¿Querria aludir á los adúlteros amores de Alfonso XI con Doña Leonor de Guzman, á los que aquel monarca estaba tan supeditado á la sazón y que tantos disturbios hicieron llover sobre Castilla?.... ¿Seria su intento poner de manifiesto al padre de Pedro el Cruel la humillacion á que le redujera su manceba, las terribles consecuencias á que se exponia con sus flaquezas como Adán y Herodes, y finalmente le presentaria el ejemplo del desdichado Favila para mostrarle que los reyes no deben entregarse al solaz sino al gobierno de sus estados, y en el de los Magos lo agradables que eran á Dios las ofrendas, como las que acababa de ha-

cér á la catedral de Oviedo, que le conquistaran el honor de ser colocada su estatua entre las de los santos? Sabida es la osadía de los arquitectos y escultores de aquel tiempo, que cubrieron los templos y los altares con grupos de figuras obscenas é ignominiosas, con objeto de ridiculizar y poner de manifiesto los vicios de los magnates que á la sazón vivian, bien fuesen legos ó eclesiásticos. Esto hizo decir á un erudito escritor de nuestros dias que «si en la edad media no existia la libertad de imprenta, habia en cambio la libertad de la arquitectura.»

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.



LA GRAN PLAZA DE MEJICO.

Sobre el solar de la antigua *Fenochttilan* está situada la ciudad de Méjico, corte que fué del grande imperio de los Aztecas, residencia despues de los víreys de España y capital ahora de la república mejicana y del departamento de su nombre. Cuenta mas de 200,000 almas, y es la tercera ciudad de América por su poblacion. Ocupa un plano cuadrado que encierra un interior verdaderamente magnífico, pues casi todas las calles son largas, rectas y empedradas con anchas aceras, el caserío de buena arquitectura y tiene edificios numerosos de grande suntuosidad y mérito, tal y como la catedral, que es el templo mas rico de toda América, el palacio del virey, residencia al presente del jefe de la república, la casa de moneda y el edificio de la *mineria*, de costosísima construccion y de tan bella arquitectura, que dá que admirar aun á los conocedores de los mas reputados monumentos de Europa.

Encierra ademas la antigua ciudad española otra porcion de edificios de segundo orden de la época de nuestra dominacion, que seria prolijo determinar.

La gran plaza cuya vista ofrecemos á los lectores del SEMANARIO, con la misma impropiedad de perspectiva con que ha lle-

gado á nosotros, para no quitarle la verdad del conjunto, tiene 450 varas de largo por 280 de ancho, y es el emporio del lujo y de la riqueza de la ciudad.

Méjico se distingue tambien por sus muchos establecimientos científicos y literarios, debiendo hacerse particular mencion de las bibliotecas de la universidad y la catedral, el museo de antigüedades mejicanas, el gabinete de mineralogia, la academia de bellas artes, una sociedad para estimular las industrias y la grande escuela lancasteriana. Los habitantes son ingeniosos y discretos, con bastantes puntos de contacto en su carácter con el de los españoles, á los que teniendo motivo sobrado de antipatia demuestran no obstante marcada deferencia.

Desde 1821, en que se emancipó por completo de la dominacion española, la república mejicana ha encerrado en los límites de una revolucion interminable la historia de su nueva era, desengaño digno de tomarse en cuenta, por los que pretenden establecer nuevos sistemas políticos en los pueblos, sin elaborar antes la preparacion que los mismos pueblos necesitan. Méjico, que hubiera logrado naturalmente su independendencia, sin mas que remitir al tiempo, por algun tanto mas, la ocasion; ilustran-

do á sus hijos, hubiera hecho quién sabe si la gran revolucion de América, ó la revolucion social inaugurada despues por Europa.

Un caudillo americano, de mejores prendas que fortuna, ha arrancado de su corazon con el aliento de la última esperanza, una tristísima frase, que encierra en sí, con la prueba de la justicia de nuestras consideraciones, un terrible anatema para los hijos del nuevo mundo. *En América, dijo, hay que agradecer la libertad de emigrar.*

## PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

(Continuacion.)

### II.

Paseando cierta mañana de junio por la exposicion permanente de París, por aquel *Boulevard de los Italianos*, inmensa calle de Alcalá atravesada cada medio minuto por un omnibus (observado) y cada segundo por diez diferentes carruajes; arteria principal que se desprende del corazon comercial de la villa, representado en el Bancó y en la Bolsa; avenida de los puntos mas bellos y principales; centro en fin de la elegancia y de la moda, porque tal lo han querido los parisienses; paseando, decíamos, por sus anchas aceras un compatriota nuestro, no muy dado á la malicia, pero tampoco sobrecoigido de estupidez; acertó á divisar por entre las bordadas muestras de una lujosa camisería, el rostro mas peregrino de hermosa camisería, que pudiese surtir á los dioses del olimpo, si aquellos dioses, tan aficionados como eran á muchachas guapas, lo hubiesen sido igualmente á gastar camisa.

Con una apariencia de diez y ocho años, una frescura de diez y ocho primaveras, una templanza de diez y ocho abriles y una poderosa seducción de diez y ocho abrazos, permanecía la niña al lado de su madre con los ojos caidos sobre la costura, los tirabuzones caidos sobre los ojos, y la mirada de nuestro paisano caída sobre ella.

A hallarse menos surtido de camisas que lo estaba, entra seguramente el español por otras, para tener el placer de contemplar de cerca á la anacarada jóven; pero temeroso de pecar como *primo* se atemperó al encristalado papel de segundón.

Miraba las camisas unas veces, otras miraba á la doncella, alguna, las muy menos, á su madre, y así permanecería aun, si el demonio que todo lo enreda no se hubiese encargado de dirigir los ojos de la niña hacia el lugar que ocupaba el galán, cuando mas embebido estaba este en su amoroso arrobamiento.

Distinguir aquella ardiente mirada, y volver á hundir su cabeza entre el bordado, fue todo una misma cosa para la jóven.

El español comprendiendo en el instante su imprudencia, y sin dar lugar á un nuevo susto, resolvió retirarse; mas hete aquí que al dar medio cuarto de conversion sobre la izquierda para seguir su camino, vuelve á tener sobre sus ojos los ojos de la niña, sin que esta vez tornasen asustados tan pronto al costurero manual de su labor. Hizo un alto el amante y esperó.

Cuatro veces seguidas se cruzaron en solos cuatro segundos las miradas (que hay pasiones contra las cuales no puede la prudencia); y viéndolo esto así, se atrevió el español á indicár á la jóven con un extremado abrir de ojos, una cosa parecida á que la amaba. La jóven sonrió.

Ya sonreida, no tuvo mas remedio que admitir otro segundo envite concebido en términos como de «¿quién entrará?» á lo cual la doncella, por sobre los hombros de su madre, contestó con un gesto cual de quien dice «tú.»

«¿Y tu madre?» como que quiso repetirle el mancebo. — «Eso no le importa,» casi expresó la niña telegráficamente; con cuya feliz indicacion se entusiasmó nuestro hombre, y ¡zas!... se entró en el almacén.

La jóven misma salió hasta la puerta á recibirle, y fuerza es

confesar que si linda parecia desde lejos, lo era aun mucho mas contemplada sin el obstáculo de las camisas. Sonrióse, guíñole, hízole una advertencia de respeto hácia su madre que permanecía sentada, y el español, al cabo ya de la calle, como decimos, preguntó si habria en el establecimiento camisas para él.

«¿Cómo no haberlas? Levantóse la madre, llamó á dos dependientes del sexo de la oposicion; vinieron estos, y entre los unos y la otra sacaron, revolvieron, encomiaron, probaron y midieron tantas docenas de camisas, tantas clases diversas, tantas preciosidades interiores, que el pobre de nuestro paisano aburrido, avergonzado y sin palabras para zafarse de aquellos energúmenos, cogió maquinalmente dos de las primeras que cayeron bajo su mano, informóse del precio, pagólas, se deshizo los ojos mirando en todas direcciones en busca de la niña á quien dejó de ver desde la pregunta, y esta es la hora en que no le ha echado la vista encima, sino cuando otras mañanas pasa por el mismo almacén y de corrida la contempla con los ojos caidos sobre la costura, los rizos caidos sobre los ojos, y la mirada de algun *primo* caída sobre ella.

¿Quereis saber la verdad horrible que encierra este cuento? Los tenderos mas ricos de París venden la mirada de sus hijas ó de sus esposas por la ganancia de dos camisas.

### III.

Tenemos, pues, ya á nuestro hombre con una saburra gástrica producida por las chucherías que le han hecho comer contra su gusto, y armado además de dos camisas inútiles con que le han obligado á reforzar el anden de su ropa blanca.

Satisfecho de tiendas y golosinas, decídese á entrar en el mundo agitado de la política, de la industria, de las artes, del comercio ó de la murmuracion, ramos todos que tienen su principal asiento en la Bolsa, en las aceras de las grandes calles, en los *cafés-estaminets* (donde se fuma), en los *cafés-estaminets-conciertos* (donde se fuma y se canta), ó en los *cafés-estaminets-billares* (donde se fuma, se bebe, se juega y se dispara).

Acompañado ó solo, porque en París no se necesita á nadie para informarse de todo, hablar con todos y hacer amistades á porrillo, penetra en el templo de Mercurio (la Bolsa), soberbio edificio muy parecido al templo de la gloria que construyó Napoleón I (la Magdalena), por mas que los franceses se empeñen en decir lo contrario. Allí tiene al primer golpe de vista y como si se dijese á la mano, todas las fortunas comerciales de París, las verdaderas y las falsas, reproduciéndose, aumentándose ó destruyéndose, segun las oscilaciones de los acontecimientos y fondos públicos.

Extraña el viajero al entrar por primera vez en la Bolsa, si lo hace antes de la una, que sea aquel el único lugar en que los franceses no ensayan ó representan comedia, segun su costumbre de todas partes. En grandes ó pequeños grupos esparcidos ya por las escalinatas y corredores exteriores, ya en las galerías de adentro, ya en la gran nave principal de colosales proporciones, hablan, emprenden, transigen y concluyen los negocios como los hombres razonables de todos los paises.

Pero ¡ay del extranjero desprevenido si le coge dentro del edificio la hora de la una, que un gran cronómetro difunde ruidosamente por todos los ángulos; ay de él, decimos, si no está advertido de lo que le aguarda, como á la mayoría de los curiosos acontece! — No tiemble, no huya, no se esconda al oír tronar la explosion de seis mil voces, que en toda la integridad de sus funciones pulmonares rompen á una vez pregonando, encareciendo, demandando, aceptando ó repeliendo las mercancías, fondos y valores que cada cual pretende negociar. No se agarre á las columnas del salón temiendo que la nave del edificio se le venga encima, como parece al pronto, ni llame á los cien polizontes que vé á su alrededor para que eviten la tragedia horrible que se prepara entre aquella multitud que lucha furiosamente brazo á brazo. No haga el extranjero nada de esto, si teme que se rían de su inocencia; pues que lo que allí ha estallado, lo que se arma, lo que se principia á telón corrido, es la co-

media de la Bolsa; pieza en un solo acto representada desde la una á las tres, entre el furor de los gritos, la rabia de las manotadas, y la corajina de los puñetazos, por los mejores y mas visibles cómicos de Francia, los agentes de bolsa, los de plaza, los entrometidos y zurupetos.

Apiñados en masas impenetrables que oscilan á manera de haz de trigo agitado por el viento; presos de hombros y brazos en aquella estrechísima compresion; con las caras levantadas hácia arriba buscando aire que respirar y gritando á porfía todos á una voz para lograr que su aullido supere y se esclarezca por sobre todos los restantes; aquella confusion, aquella barahunda, aquel enloquecimiento, estrepitoso é inarmónico, dicen ellos sin embargo que se entiende, y dicen los hombres graves que es una de las cosas mas importantes y serias de la vida.

¡Ah de nosotros, que cuando queremos estudiar algun grupo de hombres sin confundirnos entre sus partes, nos trasladamos con la imaginacion á la copa de un árbol y desde allí contempládoles de cabeza, bullir y agitarse sériamente tras de quimeras y patrañas, sin reconocerse imperceptibles insectos en la extension inmensurable de los mundos! ¡Ah de nosotros el dia en que nos subimos á la copa del árbol para contemplar la Bolsa de París, y vimos, con la sonrisa en los labios y el desden compasivo en el corazon, aquella comedia humana basada en el enredo, la mentira y el engaño mutuos, patrocinados á pesar de todo, alentados y movidos por el gobierno de las naciones como foco motriz de la prosperidad y grandeza de los pueblos!

Renunciamos á consignar lo que se nos ocurrió, por temor de que su relato no le interese á nadie de los que vayan reconociendo estas líneas. — Ello es que salimos satisfechos de los no tan cómicos ni gritadores bolsistas de Madrid, quienes hacen su negocio en grande ó pequeña escala, con la naturalidad y buenas costumbres que las demas cosas.

Esto mismo debió suceder á nuestro extranjero, pues le vimos salir sudoso y sonriente de aquel lugar, y dirigirse un tanto pensativo hácia los bolsines públicos en busca de nuevas emociones.

Llegó, en efecto, á uno de esos cafés que en las calles anchas establecen sus mesas de tertulia á lo largo de las aceras bajo tinglados de campaña, y apenas se hubo sentado en su taburete, ya le vimos sostener animada y expansiva cháchara con el primer desconocido que topó ante sus ojos.

Lo hemos dicho antes de ahora y volvemos á decirlo: los franceses tienen su máquina parlatoria subordinada á un resorte exterior, el cual una vez impulsado sea por quien quiera, produce discursos interminables sobre todas las cosas. El español por consiguiente debió tocar el resorte, que á veces lo encontramos en el ala de nuestro propio sombrero, y con esto y mucho de paciencia para callar, ya le contaron cuanto habia sucedido en el mundo el dia anterior, cuanto estaba sucediendo á lo presente, y muchas otras cosas reservadas aun en los arcanos de lo porvenir; todo por supuesto recibido de primera mano, en partes telegráficos, por el individuo que hablaba.

Imposible es que exista un pueblo tan dado á la mentira y tan propenso á divulgarla y ereerla como el francés. No importa que los hechos se encarguen de desmentir un dia y otro los embustes pasados; no importa que la luz natural se resista á aceptar como buena una noticia absurda é improbable; el caso es que con esa versatilidad que constituye el fondo del carácter traspirenaico, se olvidan cándidamente del mentís de ayer, para tener el gusto de creerse y esparcir la bola de hoy.

Gentes de impresiones subitas, se muestran tan propensos al pesar como á la alegría con el solo anuncio de cualquier accidente por extraño que debiera parecerles; y así tiran cañonazos en celebridad de una victoria que no ha podido alcanzarse, como nombran una pension de gratitud nacional á la viuda de un marido que no se ha muerto. — Todos realizan cada dia el cuento de aquel que habiendo recibido una letra de diez mil reales en carta de un amigo suyo, la cobró y gastó sin cuidarse de volver la hoja en que decia que eran para entregarlos á otro.

Cansado el español de unas mentiras á que ha tenido que po-

ner cara de verdad, so pena de incurrir en la indignacion de sus contentulios, les paga el café, las copas, los cigarros, la cerveza y el ponche (los franceses toman muchas cosas), sin exponerse en cambio de su generosidad, á que le paguen sus ajenjos; porque segun costumbre del pais se suelen admitir obsequios, pero devolverlos nunca.

Es una cosa que se nos resiste á los que hemos nacido en la sierra española, el ver que uno y otro dia saquen ambos á dos amigos cada cual su cigarro sin ofrecer jamás al otro, paguen cada uno su café sin deslizarse nunca á pagar el contrario, coman y beban en un carruaje de camino sin hacer siquiera ademán de brindarse, y hasta permitan que la señora á quien acompañan, si no es parienta suya, cambie una moneda de plata para pagar el agua que ha bebido.

Nosotros los salvajes españoles, los que no comprendemos la urbanidad, los que no concebimos la buena educacion, los que no repetimos siete veces al mozo de un café que perdone porque nos va á servir lo que pagamos; nosotros, sin embargo, satisfacemos á un francés el precio de su helado, repartimos nuestros cigarros á los concurrentes y hacemos comer á nuestros compañeros de viaje todo cuanto llevamos prevenido; hasta servimos primero á las señoras, y las cedemos lo mejor, y las pagamos sus gastillos menudos, y las ofrecemos cuanto de útiles pudiéramos serlas, á pesar de la rudeza del pais, á pesar de los vicios de la educacion y á pesar de que *el Africa principia en los Pirineos*.

¡Libre Dios á nuestra patria de aceptar tan relevantes pruebas de civilizacion! ¡Conserve nuestra España por siempre la rudeza incivil de la generosidad!

(Continuará.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

## NOSTALGIA.

POR

**D. Antonio de Trueba.**

(Conclusion.)

XI.

Dos ó tres dias despues de la famosa cacería se hallaban en el despacho de Quijano, el banquero, su sobrino D. Lucas y cuatro ó cinco amigos aficionados á la caza, echando un sabroso párrafo al amor de la chimenea.

En la oficina general trabajaban en silencio los dependientes, incluso Angel, cuyos rosados colores iban desapareciendo, y cuya tristeza era cada dia mas profunda.

— ¿Cómo vamos de caza, D. Lucas? preguntó uno de los amigos.

— Perfectamente, contestó D. Lucas.

— Amigos, añadió D. Juan, mi sobrino es el rey de los cazadores. ¿No saben VV. que el domingo trajo cuatro conejos como cuatro terneros?

— ¡Qué nos dice V.!

— Lo que VV. oyen, afirmó D. Lucas, reventando de orgullo. Aprendan VV. á matar conejos donde nadie los mata, en las cercanías de Madrid.

— Hombre, hombre, cuéntenos V. eso.

— Si señor, en el arroyo de Luche maté el domingo cuatro conejos en menos que canta un gallo, y eso que la pólvora no remataba.

— No sé cómo demonios se las componen VV. Yo por mas vueltas que doy no echo un conejo en estas inmediaciones.

— Porque VV. son cazadores de *chicha y nabo*. Yo, ni siquiera necesito perro. En habiendo conejo, no hay remedio, le hago saltar, y si le tiro, ni la paz y caridad le levanta, porque yo donde pongo el ojo, pongo el tiro. ¡Plum! conejo fuera, conejo á tierra. En un instante cayeron los cuatro el domingo.

— Amigo, hay que confesar que es V. buen cazador.

— Ya está él persuadido de ello, dijo D. Juan. La cacería del domingo va á ser sonada en Madrid; como que ese no sabe hablar de otra cosa á cuantos entran en casa.

D. Lucas estaba aun contando con sus pelos y señales el cómo y dónde y cuándo mató los cuatro conejos, cuando entró en la oficina el tío Lobo.

— ¿Está D. Lucas? preguntó á los dependientes.

— Sí señor, le contestó Angel.

— Pues dile que haga el favor de salir, que está aquí el tío Lobo.

El niño se encaminó al despacho. D. Lucas, que aun no había acabado de contar cómo mató los cuatro conejos, se amoscó, viendo que iban á interrumpirle, y con aquella amabilidad que le era habitual preguntó á Angel antes que este tuviese tiempo de hablar.

— ¿Qué traes tú aquí, borrego?

— Que está ahí el Lobo, contestó Angel.

Todos los circunstantes se echaron á reír viendo la casual concordancia que había entre la pregunta y la respuesta.

No era extraño que Angel hubiese omitido la denominación de tío que se antepone al apellido del cazador, porque esa denominación tan comun en casi toda España, no se usaba ni se usa en su tierra sino cuando la justifica la consanguinidad. Creyendo que se reían de él porque se hubiese explicado mal, se llenó de vergüenza y se apresuró á explicarse de otro modo.

— Yo no sé, dijo, pero así me parece que se llama. Es aquel cazador á quien V. compró el domingo los cuatro conejos fuera de la puerta de Toledo.

Estas palabras del niño fueron acogidas con una carcajada mas ruidosa aun que la anterior; pero menos inofensiva, con una carcajada burlona, insultante, sangrienta, porque los cazadores tienen dos grandes debilidades: son embusteros y envidiosos, y así como no pierden ocasion de mentir, no la pierden tampoco de humillar á los que cazan ó suponen cazar mas que ellos.

D. Lucas quedó por un instante inmóvil, avergonzado, corrido como una mona; pero de repente se tiñeron de sangre sus ojos, sus venas se hincharon, y el color de su rostro se tornó de encendido, amoratado. Lanzóse de repente como un tigre sobre el pobre niño, echando *pecados* á borbotones, y cogiéndole por el cuello le arrojó con violencia contra la pared, y se puso á descargar sobre él furiosas patadas antes que D. Juan y los amigos que estaban presentes hubieran tenido tiempo de interponerse entre aquella fiera y el inocente cordero que por única defensa invocaba el santo nombre de su madre.

¡Oh tú, *Fernán Caballero*, el noble y generoso cantor de nuestro buen pueblo español, el amigo de los pobres de espíritu y de los ricos de corazón, que tienes cabeza de hombre para pensar, y corazón de mujer para sentir; tú, el amigo por excelencia de los niños y de las madres, de los débiles y de los desconsolados, tú que buscas y lloras los dolores allí donde las almas vulgares no los ven; dime, cien veces buen *Fernán Caballero*, ¿no es verdad que nuestros sabios legisladores son muy malos y muy ignorantes cuando han puesto á los niños bajo la salvaguardia del código que protege á los *hombres*, en vez de ponerlos bajo la salvaguardia de un código que protege á los *ángeles*?

## XII.

Habían pasado algunos meses desde el día en que por milagro se libró Angel de morir á manos de D. Lucas.

Era una dulce mañana de primavera. El comedor de casa de D. Juan Quijano tenía un balcon que daba al norte. El banquero y su mujer estaban tomando chocolate en el comedor, y Angel estaba asomado al balcon con la vista inmóvil y fija en dirección de su país.

El pobre niño estaba mas alto que cuando llegó de sus montañas; pero tambien estaba mucho mas delgado. Una palidez mortal cubría su rostro, y la tristeza mas profunda se retrataba en sus negros y grandes ojos.

— ¿Angel? ¿Qué haces ahí, hijo? le preguntó con cariño Doña Juana; ¿pero el niño no contestó!

— Dios mio, ¿qué tendrá esta criatura? añadió la mujer del banquero con verdadera aflicción.

— No sé qué tiene, Juanita, respondió su marido. Nadie me quita de la cabeza que está malo desde que le pegó Lucas, por mas que dijera el médico á los quince dias que ya estaba completamente bueno.

— ¿Le habrá vuelto á pegar Lucas?

— No, hija. En cuanto á eso estoy seguro..... Mucho me temo que ese niño se desgracie al fin y al cabo.

— ¡Ay! No lo quiera la Virgen Santísima. Angel se llama, y él es el angel que trajo la paz á nuestra casa, porque tú y yo, que siempre estábamos de quimera, no hemos tenido una desazon desde el día en que ese niño vino á casa. Yo le pedía á Dios un hijo, porque el corazón me decía que había de ser nuestro iris de paz, y Dios no quiso dárnosle; pero vino esa criatura, y, sin que yo pueda explicar el por qué, despertó en mí un sentimiento que destruyó mis resabios y cambió mi carácter irascible en un carácter dulce y pacífico que nos hace á tí y á mí dichosos.

— ¡Es verdad, Juanita, es verdad! exclamó el banquero conmovido estrechando la mano de su mujer.

— ¿Si, lo que tendrá ese niño será ansia de volver á su país, que eso era lo que él deseaba al principio?

— Hija, tampoco es eso: desde que sus padres le escribieron diciéndole que él era la única esperanza de su vejez, y volviendo al país no podría hacer por ellos ni por sí mismo, dice que está contento en Madrid.

— Pues es preciso llamar al médico, que le vea, porque si le dejamos, cada vez estará peor. ¿Angelito? añadió Doña Juana volviendo á llamar al niño.

Este abandonó como asustado su inmovilidad, miró nuevamente con inefable languidez hácia el norte y entró en el comedor.

— ¿Que tienes, hijo mio? le preguntó Doña Juana con ternura, pasándole la mano por la cara.

— Nada, contestó el niño.

— ¿Qué hacías en el balcon?

— Nada..... Miraba el sol.

— Anda, siéntate y toma chocolate con nosotros, dijo D. Juan.

— No tengo ganas.

— ¿Pero qué tienes, hijo mio? ¿Qué necesitas? ¿No te quiero yo como tu madre?

El niño no contestó; pero sus dulces ojos se arrasaron de lágrimas y los de Doña Juana tambien.

— Mira, no te estés ahí en el balcon, que el sol te hará daño; baja á la oficina, no á trabajar, sino á distraerte por allí con tus compañeros.

El niño tomó la escalera que conducía á las oficinas.

A las tres subieron á comer D. Lucas y los dependientes mayores.

— ¿Dónde dejais á Angelito? les preguntó Doña Juana.

— ¿No está arriba?

— No.

— Allí estuvo; pero no le hemos visto despues.

— ¡Virgen Santísima! ¿dónde estará esa criatura?

— Puede ser que esté acostado.

Doña Juana se apresuró á bajar al cuarto de Angel y halló á este acostado.

— Hijo mio, ¿qué tienes? ¿Estás malo?

— Si señora, contestó Angel con voz débil.

— ¿Qué te duele?

— No me duele nada; pero estoy malo.

— ¿Rosendo? ¿Rosendo? Anda al instante por el médico, que está malo el niño, grito Doña Juana desde la escalera.

Poco despues llegó el médico y pulsó al niño haciendo un gesto de mal augurio.

— ¿Es cosa grave? le preguntaron con ansiedad Doña Juana y el banquero.

— Muy grave, contestó el médico. Este niño se muere... y se muere muy pronto, añadió examinándole de nuevo.

El facultativo trató de aplicarle algunos remedios; pero ya eran inútiles: Angel abrió un instante sus hermosos ojos, cuyo brillo apagaba ya el soplo de la muerte, los dirigió á la estampa de Jesus crucificado, como expresando una inmensa gratitud, y los cerró en seguida para nunca mas abrirlos.

Todos prorrumpieron en llanto menos D. Lucas.

— ¿Y de qué ha muerto? preguntó este al médico, que anticipadamente había interrogado á la familia acerca de los padecimientos del niño.

— Ha muerto, contestó el facultativo, de una afección moral, á cuyo desarrollo debieron contribuir padecimientos físicos. Los niños son hombres en el sentimiento, y niños en la resistencia. Así Dios debe maldecir á sus opresores. Este niño ha muerto de la mas santa de las enfermedades: ha muerto de Nostalgia.

El hombre que se abandona á sus pasiones, no ve el abismo hasta el momento de caer en él.

La vida es una comedia en que se reemplazan los personajes, y continúa la acción.

### LAS TRES HERMANAS DEL CIELO.

*«Qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo.»*

Tres hermosas doncellas á mi vista tranquilas parecieron:

de rubí, de esmeralda, de amatista, coronadas vinieron.

De excelso origen somos, me decían, vivimos como hermanas:

muy nobles vestiduras las cubrían, púdicas y galanas.

Era en la una del rubí encendido hermoso complemento

un largo y rojo manto, enriquecido de tornasoles ciento.

La de rica corona de esmeralda del campo en primavera

llevaba los colores en la falda verde, alegre, ligera.

De la amatista al resplandor divino, en la tercer doncella,

igualaba en lo aéreo y zafirino una túnica bella.

A la celeste esfera, yo la dije, tu aspecto me sublima:

tu clara luz al centro me dirige do la creación se anima.

¿Serás tú por ventura de otro mundo que á mi vista se esconde?

¿Será tu imperio el aire, el mar profundo? Soy la Fé, me responde.

Ven conmigo, me dice, con acento que el alma me conmueve

y suena en mí como susurro lento cuando en el bosque llueve.

Al ir en pos de su fulgor celeste la vista en otra clavo:

la esmeralda, la verde y rica veste me fascinan al cabo.

¿Quién eres, vírgen bella? la pregunto: de dicha y de bonanza

tu semblante risueño es el trasunto.

Soy, dice, la ESPERANZA.

Sigue mis pasos, añadió, yo fácil

hago del bien la vía:

y amé su airoso andar, su talle grácil, de su voz la armonía.

Y de ella en pos corrí la áspera senda del yermo y pobre suelo

mientras á mi pasión sirvió de venda de la ESPERANZA el velo.

¡Mas de esperar sin FÉ cansada presto sentí mi pobre alma!

y en mi senda se alzó el ciprés funesto, no la triunfante palma.

Sin FÉ, sin ESPERANZA, yo mezquino caminaba á la muerte,

cuando á un acento mágico, divino, vibró mi ánimo inerte.

De aquellas tres hermanas celestiales la mas amante y tierna,

la que asocia á los miseros mortales con Dios en gloria eterna,

la CARIDAD hermosa, á su regazo me llamaba risueña:

¡ay, el placer de su divino abrazo el mundo... ni lo sueña!

Pero con tanto bien yo estaba triste; ingrato me creía:

¡ah! ¿qué os hicisteis? exclamé, ¿do fuiste FÉ y ESPERANZA mía?

¡Ah, misero de mí, que en vano elijo el bien que mi alma llena

si me faltais vosotras! Y me dijo la CARIDAD serena:

¿Por qué ese olvido en rescatar te afanas? no somos envidiosas:

si conmigo te vienes, mis hermanas te seguirán gozosas.

PEDRO DE MADRAZO.

### GEROGLÍFICO.



Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.